



**POÉTICA
PARA ACOSADORES
STANLEY ELKIN**

NUEVE CUENTOS DE VIOLENCIA,
LOCURA Y SOLEDAD

CONTRA

Criers and Kibitzers, Kibitzers and Criers

© 1965, 1963, 1962, 1961, 1960, 1959, Stanley Elkin

Publicado originalmente por Random House, Inc. en 1965

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Mikel Jaso

Maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Mayo de 2018

© 2018, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 1990, Stanley Elkin, del prólogo

© 2018, David Paradela López, de la traducción

© Stanley Elkin Papers, Universidad Washington, de la foto de Stanley Elkin (junto a su Lexitron)
de la contracubierta

ISBN: 978-84-947869-9-0

Depósito Legal: B 11.221-2018

Impreso en España por Estugraf

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para

JERRY BEATY

HERB BOGART

BOB BROWN

DAN CURLEY

DAVE DEMAREST

BILL GASS

IRWIN GOLD

BILL GUGGENHEIM

AL LEBOWITZ

KERKER QUINN

HARRY RICHMAN

GEORGE SCOUFFAS

Y para

JARVIS THURSTON



ÍNDICE

PRÓLOGO, DE STANLEY ELKIN

P. 9

LORONES Y *KIBITZERS*, *KIBITZERS* Y LORONES

P. 17

CUIDADO CON ED WOLFE

P. 51

ENTRE LOS TESTIGOS

P. 83

EL INVITADO

P. 109

EN EL CALLEJÓN

P. 145

SOBRE UN CAMPO, RAMPANTE

P. 171

POÉTICA PARA ACOSADORES

P. 215

EL POBRE PRIMO LESLEY Y LOS PATANES

P. 237

PERLMUTTER EN EL POLO ESTE

P. 259



PRÓLOGO

Por razones que no tengo nada claras, esta colección de relatos ha resultado ser la más duradera de mis obras, si por «duradera» hemos de entender no una línea temporal que comprende varias edades geológicas ni, ya puestos, tan siquiera las que consigna el calendario, sino ese escaso puñado —veinticinco desde su primera publicación en tapa dura en Random House en 1965— de años apenas lo bastante extenso como para abarcar una generación. Sin contar las épocas en que ha estado descatalogado, ni esa peculiar semivida transcurrida en el curioso limbo editorial conocido en el mundillo (aunque nunca de forma enteramente clara, al menos para quien firma este prólogo) como «sin existencias», ha seguido imprimiéndose bajo distintos sellos (Berkley Medallion, Plume, Warner Books y, creía yo, hasta que consulté el catálogo *Books in Print*, donde no logré encontrarlo, el sello Obelisk de la casa Dutton, y ahora también en Thunder's Mouth Press) a lo largo de, hmm, pongamos dieciocho o diecinueve años. En comparación con las grandes edades históricas, es, claro está, cosa de nada: ciertamente, no está en la misma liga que los años luz de la astronomía, ni tan solo, ya que estamos, en la misma liga que el universo, pero no perdamos de vista que estamos hablando de frágiles años librescos, que vienen a ser a esta vida lo que los años de perro son a los aniversarios humanos. En una ratio de siete a uno (donde siete años perrunos equivalen a cuarenta y nueve años librescos), podríamos decir, en función de cómo computen los actuarios esa semivida antes mencionada, que mis llorones y

kibitzers cuentan entre ochocientos ochenta y dos y novecientos once años. Un clásico, tan viejo como Matusalén: la prueba del tiempo, como se suele decir.

Además —seguimos con las cuentas—, dos de estos relatos, «Llorones y *kibitzers*, *kibitzers* y llorones» y «El invitado», han tenido adaptación y producción teatral. «Llorones» se retransmitió a través de la radio canadiense, y «Cuidado con Ed Wolfe» fue comprado para el cine, si bien nunca llegó a rodarse. («Ed Wolfe», publicado en *Esquire* en 1962, supuso mi salto al gran mercado y me puso, literalmente, en el mapa, o cuando menos en ese apaño de lista de «grandes escritores americanos» que *Esquire* publicó en 1963, donde pude ver mi nombre en descaradas letras escarlatas en compañía de un catálogo arbitrario de escritores de verdad —en cualquier caso, más de verdad que yo—: según la revista, «lo más de lo más». [Una broma de Rust Hills y Bob Brown.] Eso, en su momento, fue motivo de entusiasmo; hoy lo es de rubor. De haber sido una persona más sensata, me hubiera ruborizado ya entonces. Sabe Dios que aquello enfureció a un buen número de críticos importantes, que escribieron cartas al director, columnas e incluso ensayos al respecto, una breve tormenta en una taza de té, no muy distinta a la que provocó John Gardner con sus afirmaciones a propósito de la ficción moral. No el arte por el arte, sino la publicidad por la publicidad: como los premios del PEN, el Pulitzer, el NBA y el Nacional de la Crítica, y todas esas otras Obras Maestras de la hora que tal vez no llegaran a la noche.) De «Poética para acosadores» se realizó una grabación en vinilo a cargo de Jackson Beck, el actor radiofónico famoso por ser la voz de Bluto en los dibujos de Popeye, y por algún lugar del mundo corre una cinta de casete de «El invitado» que yo mismo grabé para una colección titulada *The Printed Word*. Ah, y ocho de los nueve relatos de este libro —con la excepción de «El pobre primo Lesley y los patanes»— han aparecido en antologías, algunos de ellos —«Llorones», «El invitado», «Ed Wolfe» y «Poética»— en varias ocasiones, casi con frecuencia. «Llorones» y «Ed Wolfe» fueron recogidos en el anuario *The Best American Short Stories* en los tiempos en que Martha Foley era Martha Foley. A decir verdad, durante buena parte

de finales de los sesenta y la década de los setenta, hasta entrada la de los ochenta (luego fue decayendo), estos relatos representaron para mí y mi familia un pequeño óbolo, una humilde renta: «dinero caído del cielo», como suelo decir. Me considero un escritor serio, profesional incluso, pero en el fondo de mi corazón creo que la mayor parte del dinero que obtengo con lo que escribo es, básicamente, inmerecido. Contrariamente a lo que algunos podrían suponer, esto no se debe tanto a mi modestia poética —puede que sea artista, pero no idiota— como a un *quid pro quo* del corazón, la fuerza motriz de todos los egos, el arrebató que muchos escritores obtienen de su casi sibarítico revolcarse en el lujo insondable de su consentida imaginación. (¿Y qué, deberían pagar por esto? Quizá sea un tocapelotas, pero soy un tocapelotas honrado.) Sea como fuere, el dinero de esos relatos, en todas sus versiones, nunca ascendió a *tanto*. A fin de cuentas, salgo barato. Quizá, así en general y contándolo todo, treinta o treinta y cinco mil dólares desde 1966: he aquí mi tarifa por haber superado la prueba del tiempo. Ninguna fortuna, lo admito, pero tampoco cuatro perras: algo así como el rendimiento acumulado de un pequeño CD, pongamos.

Lo que no tengo claro es por qué. ¿Por qué este libro, por qué estos relatos? Sin duda he escrito libros mejores. Sin duda soy más bueno ahora que cuando escribí estas historias. (Cinco de ellas, incluida «Llorones y *kibitzers*, *kibitzers* y llorones», una de mis favoritas, las escribí cuando todavía estaba haciendo el doctorado, por el amor del cielo, y solo tres, «El invitado», «Poética para acosadores» y «Perlmutter en el polo Este», se publicaron tras la aparición de mi primera novela y antes de que hubiera terminado de escribir la segunda.) Así pues, ¿por qué? En serio, ¿por qué? Me gustaría saberlo.

Una de las razones, seguramente, es lo accesible de su estilo y (no en menor medida; en realidad, al contrario: en relación directa con la sencillez del estilo) la sintonía entre habla ordinaria y realismo, el secular pacto literario entre la sencillez y la verosimilitud. Aquí tenemos, por ejemplo, a Greenspahn, el dueño del supermercado, de regreso a la tienda tras haber ido al banco a buscar cambio:

La calle estaba tranquila. Parece domingo, pensó. En la tienda no habría nadie. Vio su reflejo en un escaparate y se fijó en que había olvidado quitarse el delantal. Se le ocurrió que, de algún modo, el delantal le confería aspecto de persona muy ocupada. Es lo que tienen los delantales, pensó. No ocurre lo mismo con los trajes. A menos que lleves maletín. Los maletines y los delantales dan la impresión de que uno está ocupado. Los uniformes no. Los soldados no dan la impresión de estar ocupados, y los policías tampoco. Los bomberos sí, pero solo cuando se ponen el casco. *Schmo*, pensó, un hombre de tu edad caminando por la calle con el delantal. Se preguntó si los directivos del banco habrían reparado en el delantal. Volvió a invadirlo la sensación de pesadez.

El realismo tiene algo reconfortante, casi balsámico, y que nada tiene que ver con los sobresaltos del reconocimiento —cosa que tampoco podría ser, digo yo, pues los sobresaltos nunca traen consuelo— o ni siquiera con la familiaridad que aporta el contenido, sino más bien con el hecho de que el mundo realista, en literatura al menos, es un mundo que, desde cierto punto de vista, y aun con sus sinsabores y tragedias, siempre tiene sentido, en tanto en cuanto se nutre —e incluso se jacta y se pavonea— de nuestra pasión por la razón. Lo que quiero decir es que la tradición realista trata supuestamente de las causas y los efectos, de la profunda necesidad de justicia que sienten los lectores —es decir, todos nosotros—, de la exigencia de que uno coseche beneficios (o castigos) en la medida en que los siembra, de la ley del justo merecido, según la contabilidad orgánica de Dios y la Naturaleza. Y puesto que la forma se adapta y sigue a la función, el estilo recibe la orden de no hacer ondas, sino, en vez de ello, limitarse a seguir la corriente, sin estridencias, aprehendiendo todo cuanto se le presenta por el camino, pero no mucho más, y nada en absoluto que no sea inmediatamente perceptible a simple vista.

Lo que pretendo decir es que estos nueve relatos se encuadran de pleno en el realismo. Puede que a veces malinterprete o planteé situaciones estúpidas, como en esa improbable escena de «En el callejón» en la que mi protagonista, aquejado de un cáncer incurable, se fuga

del hospital para deambular por la ciudad y entra en un bar para poco después morir en un barrio desconocido; o como en «Cuidado con Ed Wolfe», cuando, al final del cuento —que termina como nunca deberían terminar los cuentos: con un gesto—, Ed se deshace de todo su dinero. Con todo, la mayoría de los relatos beben de fuentes convencionales y realistas. «Sobre un campo, rampante» y «Poética para acosadores» son los únicos que le deben menos al mundo silogístico, racional (si bien no son experimentales, mi escritura nunca lo es; el experimentalismo no me interesa, y, en mi caso al menos, lo experimental sería escribir en alemán o en francés), que a otro mundo evocado, imaginario, y, de hecho, estos son los únicos cuentos en que el lenguaje me preocupa más que los serenos tropos realistas. Véase, por ejemplo, la batalla de titulares de «Sobre un campo, rampante»:

—«MOZO DE CUERDA ASPIRA A LA CORONA» —dijo uno de los hombres, leyendo un titular imaginario—. «¡ESTIBADOR INMIGRANTE RECLAMA SU LEGÍTIMA MAJESTAD!»

—«EL PRETENDIENTE POSEE UN MEDALLÓN QUE VINCULA SU LINAJE A LOS ORÍGENES DEL REINO.»

—«EL GUARDA DEL DUQUE AFIRMA QUE EXISTE UN “ASOMBROSO PARECIDO”.»

—«EL DEMANDANTE DESAFÍA AL DUQUE.»

—«EL DEMANDANTE DESAFÍA A DUELO AL DUQUE.»

—«¿MONARCA O MERCACHIFLE?»

—«RUFÍAN REBELDE RECLAMA EL REINO.»

—«RELOJERO REGALA EL REINO A RUFÍAN REFINADO.»

—«¿QUIÉN ES KHARDOV?»

Véase también la brutal y abrasiva franqueza del párrafo inicial de «Poética para acosadores»:

Yo soy Push el acosador, y odio a los niños nuevos y a los mariquitas, a los listos y a los tontos, a los niños ricos, a los pobres, a los niños con gafas, a los que hablan raro, a los presumidos, a los que se las dan de buenos y a los que se las dan de listos, a los que pasan los lápices y a los

que riegan las plantas. Y a los tullidos, *sobre todo* a los tullidos. No amo a nadie que sea amado.

La cuestión aquí es que este estilo «más elevado» o más consciente —cuando no concienzudo— no solo es menos realista que la anodina y casi pasiva linealidad de la tranquila calle del carnicero, sino también más agresivo y belicoso. (Solo hay que pensar en las dos palabras clave de los títulos de estas historias —*rampante*, con esa combinación de descarado encabritamiento y apocado atrincheramiento, según pensemos en los cuartos delanteros o traseros, y *acosadores*—, para entender a qué me refiero.) Cuando ficción y estilo no están modelados por los vínculos comúnmente compartidos entre el autor y los pactos, acuerdos y tratados de una moral razonable y reconocible —mi ley del justo merecido—, quien prevalece es el escritor. Todo efecto, todo «giro» que le imprima a la pelota, es puramente suyo. Él lleva la voz cantante. Él manda, ustedes siguen. Él dirige, ustedes juegan a pillarlo. (Nuevamente ese revolcarse en el ego, esa pelea en el barro del yo.) Obviamente, esto crea unas dificultades con las que la mayoría de lectores —que nadie se engañe: yo tampoco— no están dispuestos a perder el día, y no hablemos ya de dedicarles el rato suficiente como para superar la prueba del tiempo.

¿Quién le teme al gran lobo feroz?

Pues casi todo el mundo.

Esta última parte no sé hasta qué punto es cierta, aunque quisiera pensar que algo de verdad hay en ella. Voy a tratar de explicar qué fue lo que me movió en su momento. Evidentemente, el placer del lenguaje por el lenguaje (esto puedo jurarlo). Pero también algo menos placentero. El hecho de que nada demasiado grave me había ocurrido hasta entonces. (Yo era estudiante de doctorado, la universidad se ocupaba de mantener mi culo bien a salvo.) Mi padre era rico y mi madre era guapa, como dice la canción de George Gershwin. Entonces, en 1958, mi padre murió y mi madre no pudo volver a dar tres pasos sin dolor. Después de eso, mi infarto con apenas treinta y siete años. Luego esto, luego lo otro. Casi todo desagradable; todo aburrido. No podía correr, no podía brincar, no podía saltar. Porque,

como *debería* decir el dicho, la ingenuidad dura lo que dura la salud. Yo perdí tanto una como la otra, y tal vez fue eso lo que me impulsó a cobrarme la venganza: una venganza de escritor, en cualquier caso; la venganza, esto es, del estilo.

Un último apunte a propósito de los relatos de este libro y ya termino. Me siento especialmente satisfecho de al menos cuatro de ellos: «Perlmutter en el polo Este», por su protagonista y las maldiciones que se inventa; «El invitado», por la situación y el humor; «Llorones y *kibitzers*, *kibitzers* y llorones», por la situación y el humor, y la verdad, creo, de sus percepciones y personajes; y «Poética para acosadores», por el humor, la energía y el estilo. «Ed Wolfe» me gusta un poco menos, pero me gusta, por la imaginería del párrafo inicial, por sus muchos diálogos y por otro motivo que nadie podría adivinar. ¿Se acuerdan de los chistes de polacos? Puede ser que me equivoque de medio a medio, pero creo que puedo haber contribuido a su invención con este cuento. Se publicó en el número de septiembre de 1962 de *Esquire*. En agosto de ese mismo año, me fui a Europa a escribir mi primera novela. Hasta entonces, jamás había oído ningún chiste de polacos, pero cuando volví a Estados Unidos en junio de 1963 hacían auténtico furor. Andaban en boca de todos. Creo que inventé el estereotipo en el que se basan. Pura serendipia, claro está, como la penicilina o ciertos tipos de plástico transparente, pero *mi* serendipia. Menudo mérito: ser el inventor de los chistes de polacos. Sin embargo, esto prueba, creo yo, lo que antes decía de hasta dónde está dispuesto a rebajarse el ego del escritor para salirse, sea cual sea el coste, para él o para otros, con la suya.

STANLEY ELKIN

1990